

Autorretrato.

Ariadna Santos Guerrero



Image not found.

Capítulo 1

Tras la revolución francesa, la ciudad de París se vio sumergida en una vorágine de cambios muy drásticos que habían cambiado el curso natural de las cosas. Hubo cambios en la economía, en el gobierno, en el estado, en la literatura, en la pintura...

Ya no se trataba de reflejar un mundo onírico en la pintura, en la poesía. Ahora lo importante era reflejar la realidad. Y la realidad era dura, muy dura.

Y eso lo sabía el conde Jacques Bourdeu. Heredero de un castillo situado en la localidad nombrada igual que su mismo apellido, el conde se había pasado su vida viajando y conociendo el mundo.

Había paseado por las calles de Inglaterra y se había dejado llevar por el frenesí constante de la gente, llegando a frecuentar en más de una ocasión, los bares de opio en barrios poco legales.

Había podido viajar a Egipto, donde quedó maravillado por la grandeza de las pirámides. Llegando a visitarlas por dentro e incluso dibujar algunos jeroglíficos que estaban pintados por dentro de las paredes. Pero lo que le había gustado más eran las noches en las teterías al lado del río Nilo. Donde había bailado con mujeres esbeltas al ritmo de sus bedlah.

Incluso llegó a vivir durante una corta temporada en China, concretamente en Beijín. Donde introdujo las técnicas de pintura china a su propia pintura y, también, donde probó el opio original. El opio que se vendía por las calles de Inglaterra no tenía nada que ver con el que se vendía en China. El inglés no era más que un mero placebo, en comparación.

Después de su corta pero intensa estancia en China, volvió a su natal Francia para vivir la revolución francesa y pintarla. Gracias a eso y a sus viajes alrededor del mundo, ganó notoriedad como pintor. Podía vivir de su pintura, cosa que muy pocos pintores (con vida) podían presumir de ello.

No había ni una sola casa adinerada que no poseyera algunos de sus cuadros.

Ahora, todo eso había quedado atrás, eran recuerdos de juventud. Había dedicado sus largas y solitarias horas a pintar un cuadro que detestaba. Un retrato. Un autorretrato, para ser exactos. Al terminarlo, lo cubrió con una manta y lo encerró en el desván durante mucho tiempo.

Pero no había podido evitar entrar de nuevo y destaparlo. Fue entonces cuando advirtió que el cuadro lo miraba fijamente, con una sonrisa desdibujada. Eso hizo ponerlo furiosos. Se estaba burlando de él, podía notarlo en su mirada.

Ese retrato era la prueba gráfica de una vida de excesos y pecados.

-Te detesto – le dijo con odio.

El cuadro pareció marcar más su sonrisa.

-No más que a ti mismo – contestó.